

Apuntes íntimos: El poeta, ese último inocente

Mairym Cruz-Bernal
San Juan, Puerto Rico

*Al hombre que me queda por amar
porque en el yace el misterio de mi inocencia*

Hago largas caminatas a las 5:30 de la madrugada. Tengo por costumbre ver el amanecer (ama-nacer, me turban las palabras). En San Juan el cielo vomita al sol anaranjadamente. Afuera siempre amanece temprano y los trabajadores que construyen edificios y toman café a las seis, hacen demasiado ruido, eso si abro las ventanas. El mundo aquí adentro, ese mundo donde me ordeño las palabras, como una nueva leche, es el mundo del misterio, mundo que no admite prueba de lo contrario. Ya el ruido ensordece. Este es mi peregrinaje, mi vuelta a mí misma, después de 7 continentes, dos maridos, dos hijos, 77 amantes.

Pienso que siempre estamos pensando que seremos felices después. Aquellos seres que se lanzaban al aire por las ventanas de las Torres Gemelas, decidiendo morir volando a morir quemados, pensaban también en ser felices después. Oriana Fallaci y yo pensamos que murieron más de cinco mil seres humanos ese 11 de septiembre en la capital del mundo. Hablamos también del fatídico 11 de septiembre santiaguino donde Allende dejó su última utopía esperándonos. Aquella llamada “Operación Cóndor.” Hablamos del 11 de marzo en la ciudad de Madrid con varios trenes sin regreso. Hablamos de los niños rusos de una escuela tomada porque no se vislumbró otra manera de actuar. Hablamos de una guerra sin sentido, en Irak, una guerra “preventiva” a la manera de Hitler. Hablamos de 74.296 civiles hasta hoy día 21 de julio de 2007, mientras reviso estos apuntes, civiles reportados muertos por la intervención militar en Irak, y este número crece todos los días. Hablamos de los asesinatos en todas nuestras ciudades queridas, donde amanece temprano, y el cielo pudiera ser anaranjado, como algunos cuerpos de mujeres o niños que florecen con hongos azules o rosados por los maltratos y el dolor. Hablamos de este gran globo redondo que poblamos y se nos llena de rotos. Inevitable decir que escribir e insistir pensar sobre la inocencia desde estos paisajes que no son surrealistas, es un gran atrevimiento de mi parte.

Tengo ante mí un pequeño castillo de libros, anotaciones, libretitas rojas donde me apunto para no olvidar, mis *apuntes íntimos*, *mis íntimos caprichos*. En ellos me refugio, en las palabras marcadas de amarillo que subrayo insistente para que me ayuden en esta defensa de mí misma, del poeta que me habita, ese que sin mí no tendría voz. Me urge reafirmar la vida, reafirmar la inocencia. Imagínenme como una ingeniera que se propone construir puentes para sólo transitarlos una sola vez porque no se regresa a nada, ni mucho menos por el mismo camino. Tener la certeza de que “quienes somos” nos da una razón de ser en sí. De la amenaza de la caída del mundo, hay una invitación que nos insta

a seguir. Porque sucede que en las navajas afiladas de los pronósticos y predicciones apocalípticas, hay un mundo de otras intensidades, sin dobleces, ojos que re-definen lo sorprendente.

Las palabras me obsesionan. La palabra *belleza, silencio, quietud* “stillness”, *deseo*. Palabras que intuitivamente me transportan a esa otra orilla de sensaciones, espejo donde veo mi desrostrificación, donde soy tú y él y ella. La palabra inocencia viene del latín: *innocentia*, y la define el Diccionario de la Real Academia Española como el Estado del alma limpia de culpa, sinónimo con candor, sencillez. También nos lleva al término legal: Exención de culpa en un delito o en una mala acción. Y distingue entre tres inocencias fundamentales: la inocencia absoluta, la que no admite prueba de contrario, de hecho y de derecho; la de presunción absoluta, la que se aplica a toda persona, aun acusada en un proceso penal, mientras no se produzca sentencia firme condenatoria, o sea, de ley o solo derecho; y la de presunción relativa, la que la ley mantiene mientras no se produzca prueba en contrario.

Cómo escribir entonces un discurso donde no puedo usar el método científico para respaldar mis resultados. Cómo escribir desde lo abstracto, con esta oportunidad abierta de decir **Yo soy inocente**. Yo, que me han acusado de mentirosa, enredadora, falsa, traficante, adúltera, y más recientemente, de anorgásmica. Yo (y tú), acusados, abofeteados, ciudadanos de segunda. Cómo escribir, como decir amar, desde un mundo tan imperfecto e incompleto, tan obscenamente enmascarado.

Sólo se elige lo que se hace, no lo que se es. Cada cual es culpable de sus acciones pero inocente de ser uno mismo. El poeta, es inocente por cumplir la sentencia de ser poeta. No se puedo no serlo cuando se es. Por eso la mirada adentro, “También es un camino de gusanos/ y fuerte olor a vaca.” (Astrid Lander, Caracas 1962).

Consideró Dios a un hombre justo sobre la faz de la tierra, y a ese hombre lo castigó como prueba de que nunca renegaría de él. Analizando el poemario de William Blake (1757-1827) poeta, pintor y grabador inglés, Songs of Innocence and of Experience, *Cantos de inocencia y de experiencia*, “inocencia y experiencia, los dos estados opuestos del alma humana,” contrastan en dos piezas como el cordero y el tigre, que representan respectivamente la inocencia de la niñez y la corrupción y la represión de la vida adulta. Su poesía posterior desarrolla la idea de que la verdadera inocencia resulta imposible sin la experiencia, transformada por la fuerza creativa de la imaginación humana. Ernst Bloch lo nombró de otra manera: “sueños despiertos.” Acaso la palabra “utopía” cae aquí como de paracaídas. La utopía actual es una voluntad consciente de utopía, afirma el filósofo alemán Peter Sloterdijk, “es una utopía que ha perdido su inocencia, que ha entrado en la de la psicología reflexionante. Ya no se opera un descenso al inconsciente del siglo XIX; se fabrica un inconsciente artificial para motivarse uno mismo. Cioran lo llamaba “la tentación de existir.”

Hace poco descubrí que el gran poeta alemán Hölderlin (1770-1843) declaró en una carta a su madre en enero de 1799 nombrando la poesía como: “la más inocente de todas las ocupaciones.” En un bosquejo fragmentario que data del mismo tiempo que el citado pasaje de la carta, dice el poeta:

"Pero el hombre vive en cabañas recubriéndose con un vestido recatado, pues mientras es más íntimo, es más solícito y guarda su espíritu, como la sacerdotisa la flama celeste, que es su entendimiento. Y por eso se le ha dado el albedrío y un poder superior para ordenar realizar lo semejante a los dioses y se le a dado al hombre el más peligroso de los bienes, el lenguaje, para que con él cree y destruya, se hunda y regrese a la eternamente viva, a la maestra madre, para que muestre lo que es, que ha heredado y aprendido de ella lo que tiene de más divino, el amor que todo lo alcanza." (IV, 246)

El lenguaje, el campo del “más inocente de los bienes”, “el más peligroso de los bienes:” ¿cómo se concilian ambas frases? Como anotación, Hölderlin no usaba rima, en su lugar escribía con una forma poética flexible conocida más tarde como verso libre. Es famoso sobre todo por sus poesías líricas, y por alguna obra más amplia como la novela **Hyperion** (2 volúmenes 1797-1799), la historia de un luchador por la libertad griega, y la tragedia inacabada **Empédocles** (1798-1799). Su obra influyó poderosamente en la generación del 27 sobre todo en el maravilloso poeta Luis Cernuda, quien más tarde nos diría en el poema *Te quiero*: “Te lo he dicho con el viento, / jugueteando como animalillo en la arena / o iracundo como órgano impetuoso; / Te lo he dicho con el sol, / que dora desnudos cuerpos juveniles/ y sonrío en todas las cosas inocentes...”

Más reciente el poeta español Jenaro Talens (1946), en su libro *Profundidad de campo*, la tercera parte es titulada: *La edad de la inocencia* y cito del poema *Monólogo de Frankenstein*:

Esta luz que viene hasta nosotros
del fondo mismo de la noche
quizá resulta demasiado grande
para beberla al despertar.
No sé
qué extraña suerte me condujo aquí.
Hecho con los pedazos de otros hombres
tan condenados como yo, me veo
frente a esa luz y a solas,
como si un alba ajena me arrojase
sobre un lecho de plumas
demasiado pequeño para tanto amor.
Conozco ahora las dificultades
de huir remando al viento. Sobre el agua
no quedan flores que me cubran, ni
es mi rostro el que flota en la corriente.
Tal vez si el mundo un día
deja de odiar su imagen, lo que soy

cuando se mira en mí, pueda yacer
junto a un cuerpo desnudo, como un túnel
por donde atravesar la madrugada
y ya no importe ni me duela
que este paseo por el lago dure una eternidad.

En la novela *La Hija de Cuba*, la cubana María Elena Cruz Varela reconstruye la vida de una de las más grandes dramaturgas de todos los tiempos, Gertrudis Gómez de Avellaneda (1814-1873). De Gertrudis, nacida en Cuba, decían sus contemporáneos, “es mucho hombre esa mujer...” y de igual modo, por ser mujer, le fue negada la entrada a la Academia de las letras y la lengua de España, donde vivió gran parte de su vida. Una de las pioneras en luchar por la independencia intelectual de las mujeres. La sienten hombre sus contemporáneos españoles, porque no pueden concebir que una mujer pueda escribir con esa fuerza. En la novela, Cruz Varela en voz de uno de los personajes femeninos, dice lo siguiente: “De eso se trata, cariño: de bailar todo el tiempo al compás de la música que llevas en el alma. Si nos detenemos un segundo, lo suficiente para contener la respiración sin pensar, podemos percibir que no somos tantos como creemos y que al final somos siempre los mismos los que volvemos una y otra vez a corregir errores. *Somos el eterno retorno del que hablaba Nietzsche, la manzana de Pascal, la relatividad de Einstein. Sólo así entendemos nuestra inocencia y que es Dios mismo el centro del que surgen todas las cosas.*” (Pág. 308)

Y ya que hablamos de Cuba, descubrí para mi sorpresa al poeta nacido en Cuba (Banes, 1918-Madrid, 1997) Gastón Baquero. En la Antología poética que le publicara la Editorial española Pre-Textos, hay un hermosísimo poema en X partes titulado: *Palabras escritas en la arena por un inocente*. De este largo poema les leeré una porción del final, de la parte X:

...

Dejemos vivo para siempre a ese inocente niño.
Porque garabatea incesantemente palabras en la arena.
Y no sabe si sabe o si no sabe.
Y asiste al espectáculo de la belleza como al mismo cuerpo de Dios.
Y dice las palabras que lee sobre los cielos, las palabras que se le ocurren,
a sabiendas de que en Dios tienen sentido.
Y porque asiste al espectáculo de su vida afligidamente.
Porque está en las manos de Dios y no conoce sino el pecado.
Y porque sabe que Dios vendrá a recogerle un día detrás del laberinto.
Buscando al más pequeño de sus hijos perdido olvidado en el parque.
Y porque sabe que Dios es también el horror y el vacío del mundo.
Y la plenitud cristalina del mundo.
Y porque Dios está erguido en el cuerpo luminoso de la verdad como
en el cuerpo sombrío de la mentira.

Dejadlo vivo
para siempre.

Y el niño de la arena contesta: Gracias!

(Y al final del poema, esa misma voz vuelve a decirle al niño)

Vuelve a dormirte.

La inocencia es también un arte a ser practicado, como el arte de la poesía, como el arte del buen amar, como el arte del sexo, como el arte de escuchar y hacer la paz. La palabra no tiene que ser entendida, más bien tiene que ser recibida. La inocencia es una de esas palabras sagradas. Aquel que escucha la impotencia del silencio, aquel que experimenta el poder de la palabra, es aquel que se abre a una vida no ingenua, pero sí inocente. La inocencia después de la experiencia, es un nuevo despertar, porque no es solamente una vez que nacemos. El silencio nada dice, sin embargo encarna el misterio de lo inexpresable. La belleza es silencio. La belleza, el silencio, los espacios del silencio, contienen la inocencia.

Si tuviera que dibujarles lo que quiero decir, pintar la pureza, darle color a la gran verdad de la vida, esto es lo que dibujaría:

Era el comienzo del otoño
una hoja
caía

de pronto un viento sopló
la hoja pensó que podía volar

La inocencia es no haber perdido la capacidad de la sorpresa. El escritor Luis Sepúlveda nos dice:

“En una libreta de tapas negras que me acompaña siempre, en sus páginas vierto mis dudas, mis asombros, y mis broncas de cada día. También pego artículos, capítulos de novela, cuentos, recetas de cocina, declaraciones de intenciones y recordatorios de compromisos que generalmente olvido. Al revisarlas durante la breve ceremonia de adiós antes de inaugurar una nueva, miro lo escrito y suelo descubrir que no he perdido la capacidad de asombro.”

Joseph Campbell nos ha dicho:

“El Héroe es aquel que logra sumergirse a lo más profundo del océano y sale a la superficie con un anillo en la mano.”

La capacidad de asombro, el anillo en la mano. Pero “lo más profundo del océano” puede ser también las muertes. Porque esto también tiene que ver con las muertes, esa “última

inocencia” que me hace pensar en una correlación con no sólo la muerte si no el suicidio de los inocentes. Alfonsina, Whitman, Pizarnik, Paul Celan, Sylvia Plath, Violeta Parra, Julia de Burgos, mis inocentes. Tiene que ver con sexo, con miradas, tiene que ver con el niño y la niña habitantes en cuerpos grandes, cristales deambulando alucinados. Tiene que ver con la poesía. El poeta, el verdadero poeta, el hombre o la mujer que define libertad, que persigue la verdad y el amor, que se da sin dobleces, sin fingimiento, que no conoce la palabra miedo o rencor u odio, que no permite poner en su boca la palabra imposible, y que es dueño de sí mismo, de su plaza, de su pedazo de mar, y a la vez poseedores de nada.

La escritora Clarice Lispector (Ucrania, 1925-Río de Janeiro, 1977) en el libro *Revelación de un mundo*, una recopilación de sus crónicas periodísticas, escribe:

El vestido blanco
(pág. 61)

“Me desperté de madrugada deseando tener un vestido blanco. Y sería de gasa. Era un deseo intenso y lúcido. Creo que era mi inocencia que nunca cesó. Algunos, lo sé bien, hasta me lo dijeron, me encuentran peligrosa. Pero también soy inocente. Las ganas de vestirme de blanco fueron lo que siempre me salvó. Sé, y tal vez sólo yo y algunos lo sepan, que si tengo peligro también tengo pureza. Y ella sólo es peligrosa para quien tiene peligro dentro de sí. La pureza de la que hablo es límpida: hasta las cosas malas una acepta. Y tienen gusto a vestido de gasa. Tal vez nunca llegue a tenerlo, pero es como si lo tuviera, de tal modo se aprende a vivir con lo que tanto falta. También quiero un vestido negro porque me hace más clara y hace que sobresalga mi pureza. ¿Es realmente pureza? Lo que es primitivo es pureza. Lo que es espontáneo es pureza. Lo que es malo es pureza. No sé, sé que a veces la raíz de lo que es malo es una pureza que no pudo ser.

Me desperté de madrugada con un deseo tan intenso por un vestido blanco de gasa, que abrí mi guardarropas. Había uno blanco, de paño áspero y escote redondo. ¿Aspereza es pureza? Sé una cosa: amor, por violento que sea, es.

Y he aquí que de repente ahora vi que no soy pura.”

Con Clarice habría que hacer una pequeña meditación sobre el amor, que es después de todo, lo que en esta crónica la hace decir: “no soy pura.” Porque el amor es finalmente pobreza, amor es no tener, incluso es la desilusión sobre lo que se creía que era amor, y se devela entonces que el Yo, que es un tenerse en sí mismo, no es suficiente. ¿A quién amo cuando amor?

Ahora que hemos abandonado ese templo, ¿dónde nos salvamos? El misterio es tan grande que hasta Dios es posible.

Abro mis libretitas rojas, las de los *apuntes íntimos*, y las hojas se caen, se deshoja mi libro de la vida. Hay borradores de poemas, halagos de hombres, versos que he escuchado y robo, afirmaciones de que existo. Un día de julio mi papá me hablaba de la

mujer con quien luego se casó, y me dijo: “y cuando nos encontramos, yo no sabía ni a quién buscaba.” Está en mis anotaciones del día 22 de julio de 2004. Cierro mi libretita porque encuentro también presagios, lectura de manos, recetas de despojos, hilos de plata que creí jamás podrían romperse, y algunas páginas de silencio. Cierta tristeza aparece, invitación al sueño, porque soñar es darle plena libertad a lo que somos, no dejamos que el cuerpo y la mente se fragmenten, porque lo fragmentado es enemigo de las alas. Necesitamos entonces de la muerte.

El poeta dice que un orgasmo es una pequeña muerte. Somos pues el proyecto de lo que imaginamos. El poeta como Platón, hace que las cosas existan porque inventa la palabra que la nombra. La poesía difícilmente se desliga de Platón. El poeta respira la poesía, es su teatro, su hambre del mundo. La poesía son los nuevos ojos que nombran al mundo desde la inocencia. El poema le da voz a los sin voz.

Del periódico *El Diario*, España (agosto 2007) en entrevista a Antonio Gamoneda y, a una pregunta del periodista, el viejo poeta responde:

"el poeta se ha ganado el derecho a reivindicar su inocencia. Sea cual fuere su alegato, aún con violencia o crueldad, estará a salvaguarda de culpabilidad... eso, salvo que se crea un sabio, no soporto los poetas sabios..."

PAUL ELUARD: “Hay palabras que hacen vivir y son palabras inocentes. La palabra calor, la palabra confianza, Amor, justicia y la palabra libertad.”

En su admirable prólogo a la Primera antología de la poesía del pasado, que nos dejó Paul Eluard, poco antes de morir, casi como un testamento poético, nos habla de la poesía como de “un lenguaje universal de la inocencia y de la razón desmesurada que es el del hombre a quien repugna el prosaísmo”.

Del poeta venezolano, Edgar Vidaurre, en referencia al poeta que va en busca de la luz:

“Los hombres también somos hijos de la luz, cuando nacemos se dice que nos dan a luz. A medida que dejamos de ser niños y envejecemos nos alejamos también del origen. Los niños suelen estar más cerca de lo puro y de lo luminoso, porque están más cerca que los adultos de ese origen. Creo que el hombre se esencializa demasiado y luego transita por mundos oscuros, sin luz, siendo que en virtud de esa esencialidad vendrá su decadencia y muchas veces su perversión. El poeta para mí va contra el tiempo en busca de ese origen, de esa luz, como los frutos.”

Creo que aquí luz e inocencia son sinónimos. Pero no estoy totalmente segura. Le preguntaré.

Juan Gelman: "Si me dieran a elegir, yo elegiría / esta salud de saber que estamos muy enfermos, / esta dicha de andar tan infelices. / Si me dieran a elegir, yo elegiría / esta

inocencia de no ser un inocente, / esta pureza en que ando por impuro".

Alejandra Pizarnik: *Y sobre todo mirar con inocencia. Como si no pasara nada, lo cual es cierto.*

Pizarnik tituló su segundo libro de poemas: La última inocencia. La muerte es un viaje, partir es la embarcación, salvarse es el fin. *La última inocencia* es la muerte: "la muerte se muere de risa pero la vida/se muere de llanto pero la muerte pero la vida/pero nada nada nada..."

Fernando Pessoa, en este hermoso poema, nos devela su inocencia.

Mi mirada es nítida como un girasol.
Tengo la costumbre de ir por los caminos
mirando a la derecha y a la izquierda,
y de vez en cuando mirando para atrás...
Y lo que veo a cada instante
es lo que nunca había visto antes,
y me doy cuenta muy bien de ello...
Sé sentir el pasmo esencial
que siente un niño sí, al nacer,
de veras reparase en que nacía...
Me siento nacido a cada instante
a la eterna novedad del Mundo...

Creo en el mundo como en una margarita
porque lo veo. Pero no pienso en él ,
porque pensar es no comprender...
El mundo no se ha hecho para que pensemos en él
(pensar es estar enfermo de los ojos),
sino para que lo miremos y estemos de acuerdo...

Yo no tengo filosofía: tengo sentidos...
Si hablo de la naturaleza, no es porque sepa lo que es,
sino porque la amo, y la amo por eso,
porque quien ama nunca sabe lo que ama
ni sabe por qué ama, ni lo que es amar...
Amar es la eterna inocencia,
y la única inocencia es no pensar...

Lao Tse: El libro del Tao

**Que tu cuerpo y tu alma vital estén unidos en un abrazo sin separación.
Que el aliento vital te vuelva tierno y fresco como tierno y fresco es un niño recién nacido.**

**Purifícate alejando de ti las visiones demasiado profundas, para no gastarte inútilmente.
Amando a los demás, gobernando a tu pueblo, aprende la sabiduría de la no acción.**

¿Puedes abrir y cerrar las puertas del cielo como una mujer?

Producir y cultivar, producir y no poseer, producir y no almacenar, aumentar y no dominar.

Esta es la verdad secreta.

Conociéndolo todo, procede como si nada supieras.

El 31 de julio de 2004, escuché de un periodista de CNN:

“Que la risa sea declarada patrimonio de la humanidad...”
y todos reconozcan el inalienable derecho a la ternura.

Antes de despedirme de la última libretita, anoto:

“Me gustan los lugares que me hagan sentir que estoy en otro lugar,
que me recuerden los lugares donde nunca he estado.”

El día 25 de octubre de 2006 (día de mi cumpleaños), en Chañaral, Chile, escribí en mi libreta: *En el agua todos somos islas que navegan hacia un mundo.*

Soy privilegiada de vivir en una isla y ver el mar todos los días de mi vida. Mi país no es un país, es un lunar de mar... Soy privilegiada de ser testigo, madrugada tras madrugada, del silencio de nuevos amaneceres, porque la vida no amanece para mí, la flor salvaje no emana su fragancia para mí, el pájaro no canta para mí. Raro ser por fin inocente en esta inmaculada declaración, donde vestida de poeta le doy voz a mis silencios. Porque mi vida sí se trata de mí, y el cielo es anaranjado porque yo lo pinto, y la fragancia de la flor salvaje habita entre mis piernas, y el canto del pájaro es mi voz.